

LA PRESENCIA ESPAÑOLA EN EL PACÍFICO: DE LA ILUSTRACIÓN AL DESASTRE (1)

Enrique MARTÍNEZ RUIZ
Universidad Complutense de Madrid

A lo largo del siglo XVI, España y Portugal son las únicas naciones, prácticamente, que mantienen cierta actividad en el océano Pacífico (2). La fachada oriental del mar está controlada por España, que se ha asentado en la costa americana, pero en el oeste españoles y portugueses rivalizaban porque la línea de demarcación establecida en Tordesillas (1494) no dejó bien definidos los respectivos territorios, lo que propició una pugna que perdió importancia a partir de 1580, cuando Portugal fue anexionado a la Monarquía hispánica. Pero, al recuperar el reino lusitano su independencia, las diferencias resurgieron, esta vez con la intervención de otras potencias extranjeras, diferencias que no se resuelven hasta sus últimas consecuencias hasta el tratado de límites de 1750 y el de San Ildefonso de 1777, por el que Portugal renunciaba definitivamente a las Filipinas (3).

En el siglo XVII, pues, se mantiene la presencia española y portuguesa en las costas occidentales del Pacífico (4), pero los holandeses, asentados en

(1) Este trabajo se inscribe en el Proyecto de Investigación HAR 2009-11830, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, titulado «El ejército de la Ilustración: novedades orgánicas, tácticas y logísticas», del que soy IP.

(2) Para las motivaciones españolas en la apertura del «paso» del Pacífico, véase GIL, J.: *Mitos y utopías del Descubrimiento. El Pacífico*. Madrid, 1989, y para las exploraciones españolas en el siglo XVI, ROSELLI, F.: *Esplorazioni Spagnole in Mesoamerica e nell'Oceano Pacifico, 1500-1600*. Florencia, 1991.

(3) Véanse CUESTA DOMINGO, M.: «La fijación de la línea —de Tordesillas— en el Extremo Oriente» en *El tratado de Tordesillas y su época. Congreso Internacional de Historia*, t. III. Madrid, 1995, pp. 1483-1517; DÍAZ-TRECHUELO, L.: «Consecuencias y problemas derivados del Tratado de la Expansión Oriental», *ibidem*, pp. 1519-1539, y SANZ TAPIA, A.: «La delimitación definitiva de Tordesillas: el Tratado de San Ildefonso (1777)», *ibidem*, pp. 1633-1685.

(4) Remitimos a LA TORRE VILLAR, E de (comp.): *La expansión hispanoamericana en Asia. Siglos XVI y XVII*. México, 1980, y JARMI CHAPA, M. de: *La expansión española hacia América y el océano Pacífico*. Tomo II: *La Mar del Sur y el impulso hacia el Oriente*. México, 1988.

Insulindia, muestran interés creciente por ese ámbito. El principal estímulo de los viajes realizados por entonces es la búsqueda del continente austral, que los geógrafos imaginaban emplazado por aquellas latitudes y que los españoles trataban de encontrar desde mediados del siglo XVI, continente de cuya búsqueda desistieron tras la expedición de 1605-1607, encomendada al piloto portugués Fernández de Quiros (5) y cuya existencia queda descartada tras los viajes de Tasman (1639 y 1642-1644). Desaparecido este aliciente, las exploraciones no se reemprenden de modo decidido hasta después de 1720, y ya con participación de franceses e ingleses. En todo este tiempo, las expediciones españolas no han cesado, pues muy pronto se descubrieron varios archipiélagos de Micronesia (6). En realidad el desembarco de Magallanes en las Marianas es el inicio de unas exploraciones merced a las que, en las décadas siguientes, se descubren la isla de Guam, las Carolinas, las Palaos y, por supuesto, las Filipinas (7). Pero tales descubrimientos no suponen realmente un incremento significativo de los viajes exploradores (8). Habrá que esperar hasta bien iniciado el siglo XVIII para que el Pacífico reclame mayor y más intensa atención (9). Las pocas navegaciones españolas realizadas desde los inicios del siglo XVII hasta el tercio final del siglo XVIII estuvieron directamente relacionadas con la búsqueda de una ruta alternativa al Tornaviaje, que desde su inauguración por Urdaneta había pasado siempre por el estrecho de San Bernardino.

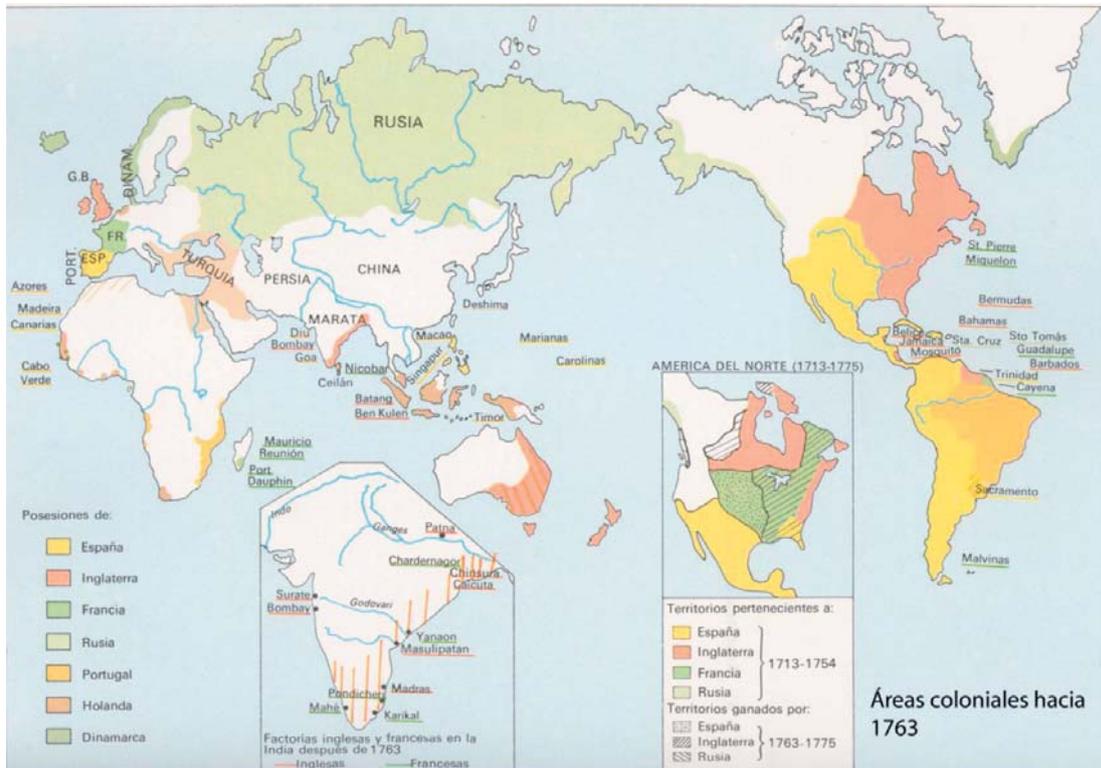
(5) Véanse BAERT, A.: *Le Paradis terrestre, un mythe espagnol en Océania. Les voyages de Mendaña et de Quiros, 1567-1606*. París, 1999; PINOCHET DE LA BARRA, O.: *Quiros y su utopía de las Indias Australis*. Madrid, 1989, y la introducción de FERRANDO, R. a la obra de FERNÁNDEZ DE QUIROS, P. *Descubrimiento de las regiones australes*. Madrid, 1986.

(6) Para la ubicación de los descubrimientos en aquellos ámbitos, véanse SPATE, O.H.K.: *The Pacific since Magellan*. Tomo I: *The Spanish Lake*. Tomo II: *Monopolists and Freebooters*. Tomo III: *Paradise Found and Lost*. Canberra, 1979-1988. También SHARP, A.: *The Discovery of the Pacific Island*. Oxford, 1960; BRAND, D.: «Geographical Exploration by the Spaniards», en FRIIS, H.R. (ed.): *The Pacific Basin: A History of its Geographical Exploration*. Nueva York, 1967, pp. 109-144, y PRIETO, C.: *El océano Pacífico. Navegantes españoles del siglo XVI*. Madrid, 1962.

(7) Para estas cuestiones, véase MARTÍNEZ SHAW, C.: «La exploración española del Pacífico en los tiempos modernos», en ELIZALDE, M.^a de, FRADERA, J.M., y ALONSO, L. (eds.): *Imperios y naciones en el Pacífico*, t. I. Madrid, 2001, pp. 3-19.

(8) Circunstancia en la que influyeron las condiciones geográficas del Pacífico, tanto el régimen de vientos como el sistema de corrientes marinas, algo que ha sido señalado al considerar el carácter de la navegación oceánica. Véanse PÉREZ DE TUDELA Y BUESO, J.: «La empresa española en el Pacífico. Antecedentes al establecimiento en las Filipinas», en PÉREZ DE TUDELA Y BUESO, J. (coord.): *En memoria de Miguel López de Legazpi. Estudios*. Madrid, 1976, pp. 23-95, y MARTÍNEZ SHAW, C. (ed.): *El Pacífico español. De Magallanes a Malaspina*. Madrid, 1988.

(9) Por lo que se refiere a la actividad de los españoles, véanse entre otras las dos obras coordinadas por RODAO GARCÍA, F.: *Estudios sobre Filipinas y las islas del Pacífico*. Madrid, 1989, y *España y el Pacífico. III Jornadas sobre Filipinas e Islas del Pacífico*. Madrid, 1989; y GARCÍA-ABÁSOLO, A. (ed.): *España y el Pacífico*. Córdoba, 1997.



Interés creciente por el Pacífico

En el siglo XVIII, las rivalidades entre los Estados europeos desbordan los límites del Viejo Continente (10) y se manifiestan en los ámbitos coloniales, particularmente desde mediados de la década de 1760. Y es que en este siglo asistimos a un incremento de la actividad colonizadora de los europeos en el resto del mundo, de forma que a las razones políticas y militares de las exploraciones hay que añadir las económicas (11) y un interés científico auspiciado por la Ilustración, sobre todo por el desarrollo de la astronomía —impulsada por Newton y Halley—. Razones fundamentalmente económicas son perceptibles entre los rusos, que tienen en Bering y Chirikov dos buenos exponentes del tipo humano aventurero/explorador, en cuyos viajes recorren el Pacífico norte en sus vertientes asiática y americana; en esta última, los rusos colonizaban Alaska y descendían hacia el sur.

En general, los europeos se sintieron fascinados por los pueblos primitivos que vivían en el Pacífico: creían encontrarse ante los orígenes de la humanidad (los Foster, compañeros de Cook en su tercer viaje, y Buffon sentaron las

(10) GUIMERÁ, A., y PERALTA, V. (coords.): *El equilibrio de los Imperios: de Utrecht a Trafalgar*. Madrid, 2005.

(11) Un buen ejemplo para ver la unión de intereses diversos en las empresas exploradoras en MACKAY, D.: *In the Wake of Cook. Exploration, Science and Empire, 1780-1801*. Wellington, 1985.

bases de la etnología). Pero estos pueblos, que vivían en un nivel semejante a la Edad de Piedra, no eran tan primitivos; se encontraban en un retroceso desde estadios superiores, en los que algunos habían llegado a alcanzar niveles aceptables, pero que habían perdido para entonces. Al parecer, tales pueblos procedían de razas asentadas inicialmente en Asia, a las que las derrotas militares obligaron a huir siguiendo las rutas de las aves de paso en sus desplazamientos. Los escasos recursos animales y vegetales que encontraron marcaron poderosamente la vida de estas gentes, cuyo principal temor fue la superpoblación, dada la escasez de alimentos. Así se explican las guerras constantes y prácticas tales como el aborto, el infanticidio o el canibalismo.

En este contexto, los más primitivos eran los tasmanios, que ocupaban el nivel inferior en el marco social del Pacífico y uno de los más bajos del mundo de entonces. Establecidos en Tasmania, con una organización social muy arcaica, fueron exterminados en el siglo siguiente. En un nivel algo superior se encontraban los australianos, cuya organización social estaba más perfeccionada, al igual que sus ideas religiosas. Los demás pueblos del Pacífico estaban más adelantados: los melanesios (en las islas Bismarck, Salomón, Nuevas Hébridas, Fiyi, Nueva Caledonia, Nueva Guinea, Luisiana, Santa Cruz y Loyalti) se hallaban en un estado similar a las fases más avanzadas del Neolítico. Los micronesios (en las islas Marianas, Palaos, Marshall, Gilbert y Carolinas) habían progresado algo más, y por encima de todos se encontraban los polinesios (Samoa, Marquesas, Sociedad, Tonga, Nueva Zelanda, Hawái, Tuamotú y Tubuai).

La creencia en un Dios único y supremo estaba muy generalizada entre estos pueblos, lo que dio pie a pensar en la existencia de una revelación monoteísta primitiva —a la que habría seguido la decadencia, según se expone en la Biblia—, o que estas culturas se hallaban en los últimos estadios de una evolución que les había llevado del animismo a una civilización superior ahora en decadencia. En cualquier caso, durante el siglo XVIII los europeos no se disputaron estas tierras, cuyo conocimiento progresará decididamente tras la paz de 1763 y la aplicación de los progresos técnicos navales, generalizados desde 1775. Este es el momento de las grandes expediciones científicas, que permiten adquirir un conocimiento bastante preciso del Pacífico e integran a Oceanía en el mundo conocido. Los viajes de Cook y La Pérouse fueron muy valiosos en este sentido, y a ellos hay que añadir los de Bougainville, Byron, Wallis, Carteret, Surville, D'Entrecasteaux, etc. Y el conocimiento de estas tierras traería las empresas de conquista y asentamiento (12).

Pese a que en 1772 Crozet se posesionó de Nueva Zelanda («Francia Austral»), el primer establecimiento europeo fue inglés. Como la independencia americana impide a Inglaterra enviar más reclusos a Virginia, decide crear una penitenciaría en Botany-Bay, Australia. En 1788 se desembarca allí a 717 penados. Tal es el origen de Port Jackson (hoy Sidney). En 1793 llegaron los primeros colonos libres: la colonia de Nueva Gales del Sur estaba en marcha.

(12) Véase BERNABEU ALBERT, S.: *El Pacífico ilustrado. Del lago español a las grandes expediciones*. Madrid, 1992.

Para entonces ya se habían hecho sentir las amenazas sobre las posesiones ultramarinas hispanas, de forma que en las previsiones gubernamentales españolas entran las preocupaciones por el control de los pasos y por acentuar su presencia en aquellas latitudes mediante expediciones que no solo recorren América incrementando su conocimiento botánico, zoológico y mineralógico, sino también el Pacífico (13). En el caso de América, las expediciones van a recorrerla de norte a sur y de este a oeste, en el Atlántico y en el Pacífico; pero, salvo contados casos a los que nos referimos después, estas expediciones están centradas fundamentalmente en el territorio americano, ya se aborde desde el Atlántico, ya desde el Pacífico.

Estas expediciones estuvieron motivadas por el interés ilustrado en desarrollar nuevas disciplinas científicas como la botánica, convencidos de su importancia para la modernización económica y social; de esta forma, América dará muchas respuestas a los interrogantes que la ciencia europea se planteaba. Prescindiendo de otros móviles, como la expansión comercial marítima y la apertura de nuevos mercados, en lo que respecta al conocimiento de la naturaleza americana el Real Gabinete de Historia Natural y el Real Jardín Botánico de Madrid serán las instituciones impulsoras más importantes de unos viajes que tenían como objetivo aplicar ciertas reformas en las colonias, sobre todo las relacionadas con la enseñanza y la sanidad, y elaborar catálogos de los tres reinos de la naturaleza.

En este sentido, merecen una mención especial las expediciones del último tercio del siglo XVIII: la de Hipólito Ruiz y José Pavón a Perú y Chile (1777-1778), las de Tafalla y Pulgar por Perú, Guayaquil y Quito (1793-1808), la de Celestino Mutis por el virreinato de Nueva Granada (1783-1816) y la de Sessé y Mociño a Nueva España (1786-1803). A pesar de que estas empresas obtuvieron resultados de relevancia, su impacto en la comunidad científica fue muy limitado, ya que muchos de tales trabajos quedaron inéditos. Los españoles enviaron a España sus resultados o volvieron con ellos en un momento en que se producía el hundimiento de la ciencia española, como consecuencia de la invasión francesa, la caída del movimiento ilustrado del Antiguo Régimen, la subida al trono de Fernando VII y el movimiento de independencia americana, al que de alguna forma también contribuyeron (14).

(13) Remitimos a BAÑAS LLANOS, B.: «Expediciones científicas españolas al Pacífico en la segunda mitad del siglo XVIII», en *Revista Española del Pacífico*, t. II, 1992, pp. 85-108.

(14) No nos vamos a detener en el análisis de estas expediciones, pues no guardan relación con el tema que nos ocupa en esta ocasión. El lector interesado puede consultar los trabajos de LÓPEZ PIÑERO, J.M.^a, PI CORRALES, M. de P., y quien firma estas líneas contenidos en el catálogo (en edición bilingüe, valenciano y castellano) de la exposición *La Casa de Borbón. Ciencia i Tècnica a l'Espanya il·lustrada/La Casa de Borbón. Ciencia y Técnica en la España ilustrada*. Valencia, 2006. Véase también *La última progresión de las fronteras hispanas en Ultramar y su defensa*, núm. 43 de los *Cuadernos Monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval*. Madrid, 2003. En ambas publicaciones encontrará el lector abundante bibliografía complementaria que nos dispensa de repetirla aquí. Véase también GUIRAO DE VIERNA, A.: «Clasificación de las expediciones españolas a América durante el siglo XVIII, según su finalidad y disciplina científica», en *La Real Expedición Botánica a Nueva España (1787-1803)*. Madrid, 1987, pp. 17-24; ÁLVAREZ PINEDO, F.J.: *Catálogo de expediciones a Indias (años*

Pero hay otras expediciones para las que lo prioritario era neutralizar la presencia extranjera en las áreas próximas a las colonias españolas, casos estos de los que nos ocuparemos a continuación y en los que el Pacífico adquiere entidad propia y singular.

El control de los pasos y las expediciones españolas en el Pacífico

El virrey del Perú Manuel Amat fue, prácticamente, el primero en reaccionar ante las exploraciones inglesas y francesas en el Pacífico. Amat, para asegurar las islas cercanas al virreinato, envió varias expediciones que darían como resultado el reconocimiento de nuevas islas y la incorporación definitiva de la de Pascua (15).

Otra zona donde se actuó para evitar los asentamientos extranjeros fue la de las costas de California y el noroeste de América, de gran importancia estratégica y donde rusos, franceses, norteamericanos e ingleses podían intentar establecer algunas bases para buscar el paso entre los dos océanos y emprender un saneado negocio de comercio de pieles. Por último, también se tomaron precauciones en el estrecho de Magallanes.

Las navegaciones de control y exploración de la costa noroeste americana tuvieron como base el establecimiento del puerto de San Blas, donde desde 1768 hay una pequeña flota para la defensa de los intereses españoles en la zona.

Entre 1779 y los primeros años de la década de 1780 se enmarca un periodo de poca actividad exploradora como consecuencia de la guerra desencadenada por la sublevación de las Trece Colonias de Norteamérica; pero los informes de La Pérouse sobre los asentamientos rusos cerca de Nutka marcan la reanudación de las expediciones. Por otro lado, los viajes ingleses y franceses en la Patagonia y las Malvinas provocarán también la reacción española para evitar la presencia extranjera allí. En el Pacífico también se llevan a cabo expediciones hacia el oeste, partiendo del litoral americano, que llevan a los españoles a la isla de Pascua, como hemos dicho, a Tahití y a descubrir la isla Vavau, por ejemplo.

Exploración de la isla de la Pascua

De resultas de los papeles confiscados en el barco francés *Saint Jean Baptiste*, mandado por Jean François de Surville, Amat decidió enviar una

1710-1783). Secretaría de Marina, Archivo General de Simancas, Madrid, 2001, y la obra colectiva *Milicia y sociedad ilustrada en España y América (1750-1800)*, 2 vols. Sevilla, 2003, en concreto el vol. II, sección VIII, «Expediciones científicas».

(15) Véase LOHMANN VILLENA, G.: *Historia marítima del Perú. La escuadra virreinal, siglos XVII y XVIII*. Tomo IV: *Expediciones al Pacífico suroeste*. Lima, 1973, y MELLÉN BLANCO, F.: «Expediciones al Pacífico Sur en el virreinato de Amat, 1770-1776», en RODAO: *España y el Pacífico*, pp. 131-151.

expedición a la isla de la Pascua o de Davis, para explorarla y cerciorarse de si había alguna colonia extranjera. El 15 de noviembre de 1770 los capitanes de fragata Felipe González de Haedo y Antonio Domonte, al mando del navío *San Lorenzo* y de la fragata *Santa Rosalía*, respectivamente, llegaron a la isla (16). Frutos de esta expedición fueron los primeros planos de la isla que se conservan, las observaciones etnológicas con la descripción física de sus habitantes y de sus ídolos y la toma de posesión de la isla en nombre de Carlos III —la isla fue rebautizada como de San Carlos—, con el beneplácito de los tres caciques. Los barcos pusieron después rumbo a Chiloé, adonde llegaron en diciembre de ese año. Desde entonces hasta 1862, la isla de Pascua entrará en contacto con los europeos tan solo esporádicamente, y sin que en ninguna de esas ocasiones las visitas excedan de unos pocos días. Después de esa fecha, y hasta 1888, en que se la anexiona Chile, vive un periodo muy agitado (17).

Expediciones a Tahití

El afán de Amat por evitar el asentamiento inglés en el Pacífico, con las noticias de la estancia de Cook en Tahití o isla del Rey Jorge, decidieron el envío de varias expediciones a la isla (18) El 26 de septiembre de 1772 salía de El Callao la *Santa María Magdalena* (o *El Águila*), al mando del capitán Domingo de Boenechea, con instrucciones similares a las de la expedición a la isla de la Pascua: describir la isla y sus indígenas, trazar sus planos y comprobar si había asentamientos extranjeros. La expedición cumplió sus objetivos y, al tener noticia de que no había extranjeros, Amat decidió reenviar a Boenechea a fundar una misión española.

Dos años después salieron de El Callao *El Águila*, con Boenechea, y el *Júpiter*, al mando de José Andía, llevando la casa y las cosas necesarias para la misión, que se inaugura el 1 de enero de 1775 con la complacencia de los jefes indígenas, que ignoraban la reclamación hecha por Wallis años atrás. La vida de esta misión fue muy corta, pues cuando Juan Cayetano de Lángara volvió con *El Águila* a la isla en septiembre de 1775, los misioneros le pidieron abandonar la isla, dada la absoluta esterilidad de su ministerio entre los nativos.

El descubrimiento de la Vavau

Francisco Antonio Mourelle de la Rúa (19), un experto piloto de las expediciones del noroeste, realizó un gran descubrimiento en el Pacífico: la isla de

(16) Véase MELLÉN BLANCO, F.: *Manuscritos y documentos españoles para la historia de la isla de Pascua. La expedición del capitán don Felipe González de Haedo a la isla de David*. Madrid, 1986.

(17) RAYBAUD, C.: «L'île de Pâques de 1862 à 1888: vingt-six années de diaspora pascuane en Océanie Orientale», en ELIZALDE, M.^a de (ed.): *Las relaciones internacionales en el Pacífico (siglos XVIII-XX)*. Madrid, 1997, pp. 105 y ss.

(18) RODRÍGUEZ, M.: *Españoles en Tahití (1772-1776)*. Madrid, 1992.

(19) LANDÍN CARRASCO, A.: *Mourelle de la Rúa, explorador del Pacífico*. Madrid, 1978.

Vavau, en el archipiélago de la Tonga. Salió de Filipinas en noviembre de 1780, con la fragata *Princesa*, rumbo a San Blas, para entregar información reservada al virrey de Nueva España. La ruta de la expedición discurrió por las Mil Islas, el grupo del Almirantazgo, las Salomón, Santa Cruz, etc., y en el camino se descubrieron las islas de la Amargura, la de Late y la de Vavau, a la que los expedicionarios bautizaron como de Don Martín de Mayorga, donde durante dieciséis días comprobaron las hospitalarias costumbres de los nativos. Luego continuaron el viaje y descubrieron Consolación (en los grupos de Horn o Wallis), Gran Cocal (Nanumanga o Niutao) y San Agustín (atolón de Nanumea), y después de pasar por Guam, llegaron en septiembre de 1781 a San Blas.

Expediciones a la costa oeste norteamericana y al estrecho de Magallanes

El interés por controlar los pasos, a fin de evitar amenazas y entorpecer los planes de los rivales, llevó a las autoridades españolas a organizar unas expediciones a los extremos meridional y septentrional de América, para comprobar si había asentamientos extraños y ver la forma de establecer un puesto que reafirmara la presencia española.

En el caso del interés por el paso del norte (20), la expedición de Juan Pérez a Nutka en 1774 fue la primera que salió de San Blas con la misión de defender los intereses españoles en aquella zona. Juan Pérez, con la fragata *Santiago* (o *Nueva Galicia*), llega hasta los 55° N, descubre la isla de Vancouver y reconoce las costas de San Lorenzo de Nutka, los méritos de cuyo descubrimiento se arrogaría después Cook.

En 1775 sale otra expedición de San Blas, con Bruno de Ezeta, Juan Francisco de la Bodega y Quadra y Miguel Manrique al mando de la fragata *Santiago*, la goleta *Sonora* y el paquebote *San Carlos*, respectivamente. Manrique descubrió la rada de Bucareli, llegó hasta la isla Kruzof y alcanzó los 58° N en el golfo de Alaska.

La tercera expedición salió en 1779, poco después del paso de Cook. Integrada por las fragatas *Princesa* y *Nuestra Señora de los Remedios* (o *La Favorita*), mandadas por Ignacio Arteaga y Juan Francisco de la Bodega y Quadra, durante ella se avistará el cabo y las montañas de San Elías y se alcanzarán los 60° N en el puerto de Santiago.

En 1788 zarpa de San Blas otra expedición, formada esta vez por la fragata *Princesa* y el paquebote *San Carlos* (o *Filipino*), al mando de José Esteban Martínez y Gonzalo López de Haro, respectivamente. En el curso de la misma se llegará hasta los 61° N, se descubrirá la ensenada de Flórez y se tomará contacto con los establecimientos rusos, que confirmaron su intención de establecerse en Nutka, por lo que al año siguiente se envió otra expedición que creó un establecimiento español allí.

En efecto, dicha expedición parte en 1790 con la misión de reforzar las defensas de Nutka y proclamar la soberanía española en aquellas costas; esta-

(20) Véase MONGE, F., y OLMO, M. de (eds.): *Expediciones a la Costa Noroeste*. Madrid, 1991.

ba formada por la fragata *Concepción*, el paquebote *San Carlos* y la balandra *Princesa Real*, a las respectivas órdenes de Francisco de Eliza, Salvador Fidalgo y Manuel Quimper; Eliza y José María Narváez en 1791 exploraban el estrecho de Juan de Fuca; Dionisio Alcalá Galiano y Cayetano Valdés, que se separaron de la expedición de Malaspina, en 1792, realizaron la primera circunnavegación a la isla de Vancouver; por su parte, Jacinto Caamaño recorre ese mismo año la costa entre las bahías de Bucarelli y Nutka. También en 1792 Juan Francisco de la Bodega zarpa por tercera vez con el propósito de extender la expedición de Sessé y Mociño, concluyendo las *Noticias de Nutka*. En resumen, en veinte años habían sido reconocidas y exploradas las islas de la Reina Carlota y las Aleutianas, y las costas del estado de Washington, la Columbia Británica y Alaska (21).

La situación del paso meridional no parecía tan alarmante, pues estaba más «integrado» en el dispositivo español, razón por la que la actividad allí fue menor (22). En 1785 zarpa la fragata *Santa María de la Cabeza*, a las órdenes del capitán de navío Antonio de Córdoba y con el naturalista Luis Sánchez y una selecta tripulación, pues llevaba a bordo a Dionisio Alcalá-Galiano, Cosme Damián Churruca y Ciriaco Cevallos. La expedición levantó los mejores mapas del estrecho de Magallanes, aunque no pudo concluir por el mal tiempo. En 1788, Antonio de Córdoba emprende una nueva al estrecho de Magallanes, con la misión de concluir la cartografía de la zona. Estaba compuesta por los paquebotes *Santa Casilda* y *Santa Eulalia*, a bordo de los cuales iban los oficiales Miera, Churruca y Cevallos.

Expedición de Malaspina y Bustamante (1789-1794)

La política de las expediciones científicas para conocer, asegurar y reformar las posesiones del imperio español consigue su mejor exponente en la expedición de Alejandro Malaspina, italiano al servicio de la Armada española, cuyo periplo es la expedición por antonomasia, ya que en ella se dan cita todos los aspectos que hemos señalado (23).

(21) HILTON, S.: *La Alta California española*. Madrid, 1992 y SAN PÍO, M.P. de: *Expediciones españolas del siglo XVIII. El paso del Noroeste*. Madrid, 1992.

(22) Una panorámica general en OYARZUN IÑARRA, J.: *Exploraciones españolas al estrecho de Magallanes y Tierra de Fuego*. Madrid, 1976.

(23) La expedición de Malaspina ha suscitado numerosos trabajos y monografías de entidad muy diversa. Aquí nos limitaremos a citar algunos de los más recientes: CASADO, Santos: *Malaspina 2010: crónica de un viaje oceanográfico alrededor del mundo*. Madrid, 2012; REVERTE, Javier: *Expedición Malaspina: un viaje político-científico alrededor del mundo, 1789-1794*. Madrid, 2010; SOTA RÍUS, José de la: *Tras las huellas de Malaspina: crónica de una expedición científica de la Ilustración española*. Barcelona, 2002; SAIZ MARTÍNEZ, Blanca: *Bibliografía sobre Alejandro Malaspina y acerca de la expedición Malaspina y de los marinos y científicos que en ella participaron*. Madrid, 1992, y los 9 vols., publicados por el Ministerio de Defensa, de *La expedición de Malaspina (1789-1794)*. Madrid, 1987-1999; SOLER PASCUAL, E.: *Antagonismo político en la España de Godoy: la conspiración de Malaspina (1795-1796)*. Alicante, 1990.

En septiembre de 1788 Malaspina presentó a Valdés un ambicioso plan dirigido a determinar «los límites del Imperio», es decir, a investigar enciclopédicamente la naturaleza de los dominios españoles, o sea, con estudios que abarcasen todas las ramas del saber y desde el punto de vista histórico-político, para gobernar esos territorios con «equidad, utilidad y métodos sencillos y uniformes». En definitiva, equivalía al último intento de reforma con que contener la desintegración progresiva del Imperio en los momentos en que otras potencias se expandían firmemente. En octubre se aprobaba su proyecto, advirtiéndole de que la parte político-económica era asunto reservado y que solo se manifestaría la parte científica como el móvil de la expedición. Sentado esto, los preparativos empezaron con toda rapidez.

Los barcos que la integrarían serían dos corbetas recién construidas, la *Descubierta* y la *Atrevida*, que capitanearían Malaspina y José Bustamante y Guerra, respectivamente; se recabó información de sabios e instituciones científicas nacionales y extranjeras. Los comisionados José Mazarredo y el conde de Fernán Núñez se encargaron de comprar el instrumental, adquirido en su mayor parte en París y Londres; los principales archivos españoles y americanos con información sobre Indias, previa autorización, fueron consultados; los trabajos astronómicos e hidrográficos serían el cometido de oficiales de la Real Armada como Dionisio Alcalá-Galiano, Cayetano Valdés, José Espinosa y Tello, Felipe Bauzá, etc., expertos en estas tareas por haber colaborado con el brigadier Vicente Tofiño en la elaboración del *Atlas marítimo* de España.

La selección de los naturalistas fue más complicada; se nombró encargado de los trabajos de historia natural y botánica a Antonio de Pineda y Ramírez, militar que había completado su preparación con estudios en el Jardín Botánico madrileño y en el Gabinete de Historia Natural. Como botánicos se nombró a Luis Née, quien trabajaba en el Jardín de la Priora, dependiente de la Botica Real, y a Tadeo Haenke, un naturalista bohemio. Los trabajos artísticos fueron obra de un grupo de pintores que se fueron renovando a lo largo del periplo y que nos dejaron más de 800 dibujos sobre los pueblos visitados, sus costumbres, su fauna y su flora.

El 30 de julio de 1789 se hicieron a la mar desde Cádiz rumbo a Montevideo, donde permanecieron hasta noviembre, dedicándose a explorar el virreinato del Río de la Plata, visitar Buenos Aires y ver el estado de Colonia del Sacramento. Luego continuaron por la costa de la Patagonia, las Malvinas, hasta Chiloé por el cabo de Hornos, donde exploraron el territorio, cartografiaron y recogieron plantas y animales.

En febrero de 1790 se dirigieron a Talcahuano, desde donde la *Atrevida* bordeó la costa hasta Valparaíso y la *Descubierta* puso rumbo a la isla de Juan Fernández y desde allí a Valparaíso. La escala siguiente fue La Herradura, puerto cercano a Coquimbo, donde se hicieron especialmente importantes análisis de minerales; terminadas las recolecciones de muestras botánicas y zoológicas, las corbetas enfilaron hacia El Callao, donde se reunieron a fines de mayo de 1790. Las condiciones meteorológicas, poco favorables, impusieron una estancia más

larga en Lima, aprovechada para reparar los buques y reaprovisionarse, ordenar el material acumulado y explorar el territorio del virreinato.

La navegación continuaría hacia el norte recorriendo las costas hasta Acapulco, adonde la *Atrevida* llegó un mes antes que su compañera, por lo que aquella continuó hasta San Blas; por entonces en París se confirmaba falsamente la existencia del Paso del Noroeste, obligando a Malaspina a dividir la expedición, pues las corbetas explorarían en el norte y dos comisiones se quedarían en tierra, una dedicada a investigaciones geográficas y astronómicas, y la otra, a la historia natural. Las corbetas llegaron hasta el glaciar Malaspina confirmando la exactitud de los mapas de Cook y la inexistencia del paso de Ferrer Maldonado. Regresaron a Acapulco por Nutka, donde prosiguieron con sus observaciones.

El 20 de diciembre de 1791 la expedición parte rumbo a las Marianas y Filipinas, quedando en Nueva España los capitanes de fragata Dionisio Alcalá-Galiano y Cayetano Valdés, que deberían asumir el mando de las goletas *Sutil* y *Mexicana* para explorar el estrecho de Juan de Fuca, cuya pertenencia discutían los ingleses.

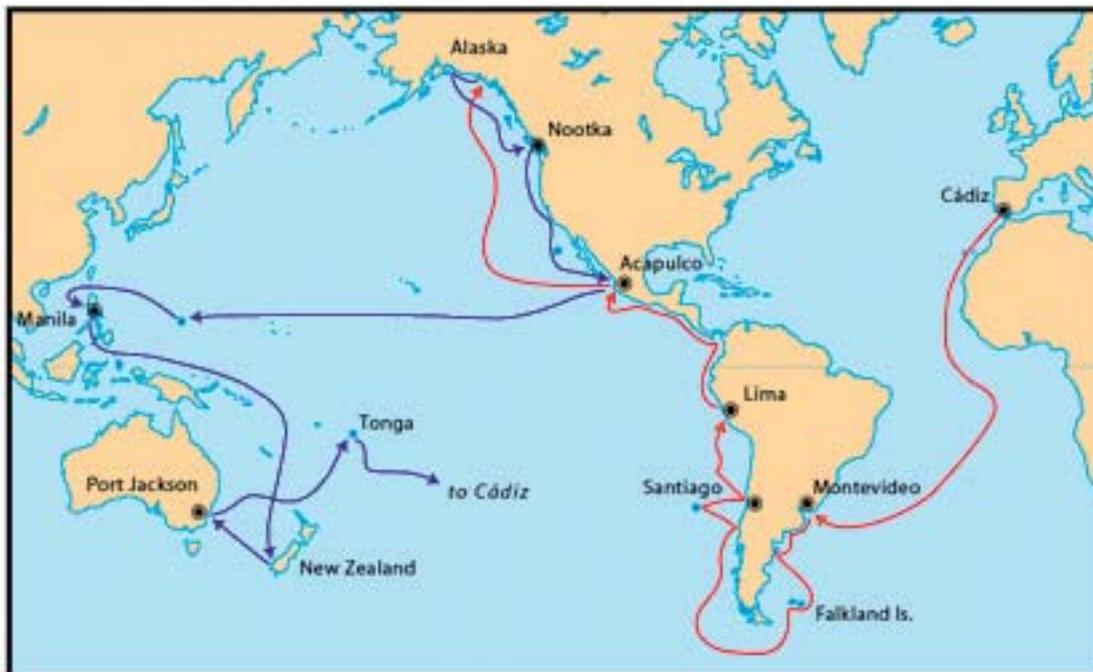
La expedición se dirigió a Guam (la principal de las Marianas), donde repusieron fuerzas y el 24 de febrero de 1792 pusieron rumbo a Filipinas, estableciendo la base de operaciones en Luzón. Desde marzo a julio desarrollaron sus actividades en el archipiélago, mientras la *Atrevida* llegaba a las costas chinas para realizar medidas de la gravedad y la *Descubierta* cartografiaba las Filipinas (aquí muere Antonio Pineda). La exploración de la naturaleza de Luzón se realizó con la ayuda de Juan de Cuellar (24), botánico real y miembro de la Compañía de Filipinas, que permanecía allí desde 1785 dedicado a obtener canela, seda, algodón, cacao, café, etc. El material recogido se envió a España.

Tras una corta estancia en Mindanao, en los primeros meses de 1793 llegaron a las colonias inglesas de Nueva Zelanda y Nueva Holanda, después de cruzar los archipiélagos de la Sonda, Molucas y Nueva Guinea. La fase final del viaje por el Pacífico incluyó la visita al archipiélago de los Amigos y la vuelta a El Callao y Montevideo, y el 21 de junio de 1794 las corbetas, escoltadas por la fragata *Gertrudis*, salían hacia Cádiz.

La expedición de Malaspina no supuso ningún cambio en la política estratégica española respecto a las colonias americanas, y la postura de Godoy chocó con los planes de Malaspina, que fue acusado de participar en una conjura, por lo que fue encarcelado en 1795 y condenado. Un año después se le permitió marchar desterrado a Italia, donde murió en 1809.

Pero las expediciones españolas no acabaron aquí. En 1799, Miguel Zapián avistaría una isla que llamó Patrocinio (posiblemente, la actual Midway); José Salas y Valdés descubre otra isla, bautizada como de Salas y Gómez por haber sido José Manuel Gómez quien precisó su situación, en 1805. La serie

(24) SAN PÍO ALDRÉN, M.P. de (coord.): *La expedición de Juan Cuéllar a Filipinas*. Madrid, 1997



The route of Alessandro Malaspinga in the corvette *Descubierta*, 1789-1794

- Outbound route from Spain to Alaska
- Continued route across Pacific

se cierra con el descubrimiento de las Nukuoro, al sur de las Carolinas, por Juan Bautista Monteverde, en 1806. Fue el final de las expediciones españolas en el Pacífico.

El saldo de la actividad española en este mar no puede ser más impresionante, tanto en el oeste como en el este. En el oeste (25), los navegantes, científicos y exploradores españoles descubrieron, además de las Filipinas, los archipiélagos micronesios (Marshall, Gilbert, Carolinas y Marianas), y bastantes de los melanesios (Almirantazgo, Nuevas Hébridas-Vanuatu, Santa Cruz, Salomón) y de los polinesios (Tuamotu, Marquesas, Ellice-Tuvalu, Line y Cook). En el este recorrieron toda la fachada americana, desde la Tierra del Fuego hasta Alaska. Sin duda una brillante y fructífera aportación a la historia de los descubrimientos.

Las Filipinas y la guerra como telón de fondo

El principal aliciente de la dimensión colonial de las guerras europeas del siglo XVIII es el enfrentamiento directo entre Inglaterra y Francia, al que se

(25) En el volumen II de la obra ya citada *Imperios y naciones en el Pacífico*, titulado *Colonialismo e identidad nacional en Filipinas y Micronesia* (Madrid, 2001), se reúnen en la sección 3 los trabajos dedicados a «Micronesia y otros espacios». Las Marianas, las Carolinas, Guam y Palaos son algunos de sus temas.

suma España como aliada de esta con la firma de los tres Pactos de Familia, sin que cambie la tendencia de los resultados, que no son otros que el progresivo desmantelamiento del imperio colonial francés. Sus principales escenarios son la India y América, donde España también se ve afectada, con suerte diversa, en las guerras y reajustes territoriales (26). En cambio, las repercusiones de estos conflictos en el Pacífico asiático fueron bastante menores y su punto de mira apenas apuntó hacia las Filipinas. Pero el archipiélago representaba algo singular en el imperio español. Por lo pronto, el retraso en incorporarse a la Monarquía hispana —cincuenta años después que los territorios americanos— lastra la vida filipina, lo mismo que la distancia respecto de la metrópoli, que cuenta solo con un cordón umbilical: el galeón que unía Manila y Acapulco. Únicamente en los lustros finales del siglo XVIII, desde 1785, una compañía comercial, la Real de Filipinas, supondrá un factor dinamizador, si bien por poco tiempo.

El gran reto de las Filipinas se planteó desde la misma llegada de Legazpi: 7.200 islas a las que había que integrar política, económica, cultural y religiosamente en la comunidad hispana colonial y metropolitana. Un objetivo que en el siglo XIX aún no se había conseguido plenamente y que presentó dificultades desde el comienzo (27), entre otras cosas porque a fines del siglo XVI todavía no se tenía claro en España si el rey, ateniéndose a los principios políticos de la teología escolástica, tenía derecho a reinar allí.

Felipe II obvió el problema mandando solicitar a los príncipes nativos que lo aceptaran como rey, de manera que los que no consintieron en ello no quedaron sujetos a la soberanía española y se mantuvieron como territorios independientes (es lo que sucede, por ejemplo, con las islas de Joló y Mindanao), que en el siglo XVIII fueron islamizados gracias a la actividad de mercaderes árabes. Tal circunstancia generó en los dos siglos siguientes unas relaciones muy contradictorias con los españoles. Y así, el siglo XVII se verá salpicado de enfrentamientos armados y en el XVIII, desde 1719, los ataques de joloos, mindanaos, maranaos y tirones son frecuentes, pese a sus mutuas guerras intestinas, creando un clima de recelo que se evidencia cuando el ataque inglés de

(26) Ahondar en estas cuestiones nos alejaría mucho de nuestro objetivo en estas páginas, centradas en el Pacífico, por eso nos limitaremos a dar algunas referencias bibliográficas. Una visión de conjunto en JUAN VIDAL, J., y MARTÍNEZ RUIZ, E.: *Política interior y exterior de los Borbones*. Madrid, 2001; ya es un «clásico» PALACIO ATARD, V.: *El Tercer Pacto de Familia*. Madrid, 1945, como también lo es WADDINGTON, R.: *La Guerre des Sept Ans*, 5 vols. París, 1914; ZAPATERO, J.M.: *La guerra en el Caribe en el siglo XVIII*. Madrid, 1990; JOVER ZAMORA, J.M. *Política mediterránea y política atlántica en la España de Feijoo*. Oviedo, 1956. También MARTÍNEZ RUIZ, E.: «España y América en la política internacional del siglo XVIII», en *II Jornadas de Artillería en Indias*, t. II. Segovia, 1987, pp. 69-98, y «España y Europa en torno a 1805», en *El combate de Trafalgar. Cuadernos Monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval*, núm. 48. Madrid, 2005, pp. 21-48, donde el lector encontrará más referencias bibliográficas.

(27) CABRERO FERNÁNDEZ, L.: «Filipinas y el Pacífico español», en *La era isabelina y el Sexenio Democrático*, t. XXXIV de *Historia de España Menéndez Pidal*, dirigida por J.M. JOVER ZAMORA. Madrid, 1981, pp. 975 y ss.

1762. El rey de Joló vivía en Manila como aliado desde 1734, y al producirse la toma inglesa de la capital hubo quien lamentó no haber empleado las fuerzas disponibles en conquistar las islas en vez de en proteger a los cristianos de los ataques de los moros —como se denominaba a los mestizos malayo-musulmanes—, que capturaban indígenas y los vendían como esclavos sin respetar acuerdo alguno (ni comercial ni de otra índole), y tampoco toleraban la labor de los misioneros, que a veces llegaron a pagar su predicación con la vida.

Esta es la principal fuente de preocupaciones para las autoridades y guarniciones españolas en el archipiélago filipino, más que las secuelas coloniales de los enfrentamientos europeos, pese a que estas secuelas fueron no pocas y a veces los conflictos coloniales previos se conectaban con los surgidos en Europa. Tal sucedió con la Guerra de la Oreja de Jenkins y la de Sucesión austriaca (28), aunque en 1762 Manila fuera brutalmente saqueada por los ingleses en el curso de la Guerra de los Siete Años (29). Cuando se generalizan las operaciones tras la sublevación de las Trece Colonias inglesas de Norteamérica, el Pacífico asiático se convierte otra vez en una potencial zona de guerra, ya que las Filipinas podían resultar una amenaza para la actividad comercial inglesa con Indonesia y China. Pero los británicos tuvieron que concentrar sus esfuerzos en América y aquellas aguas no se vieron alteradas por la guerra (30).

Los españoles en el Pacífico tras la independencia de América

En el siglo XIX, la posición de España en el Pacífico y en América cambió radicalmente. Desde 1812 la situación se complica en un proceso que resultó irreversible. La lucha contra la invasión napoleónica consume las energías españolas en la Península, y a partir de ese año, las juntas creadas en la América hispana —cuya finalidad era idéntica a la las juntas peninsulares: defender los derechos de Fernando VII— derivan hacia posturas independentistas, lo que marca el inicio de una guerra que no concluirá hasta más de diez años después con el abandono por parte de España de la América continental, donde se constituye un rosario de nuevas repúblicas (31). Solo quedan bajo

(28) OTERO LANA, E.: *La Guerra de la Oreja de Jenkins y el curso español (1739-1748)*. Cuadernos Monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval, núm. 44. Madrid, 2004, pp. 101 y ss.

(29) Para este saqueo y demás hechos filipinos, MOLINA, A.M.: *Historia de Filipinas*, t. I. Madrid, 1984, pp. 137 y ss. Para la guerra y la intervención de Francia, RILEY, J.C.: *The Seven Years War and the Old Regimen in France*. Londres, 1986.

(30) ALSINA TORRENTE J.: *Una guerra romántica, 1778-1783. España, Francia e Inglaterra en el mar*. Madrid, 2006, pp. 169-170

(31) Tampoco entraremos en el proceso independentista americano; solo remitiremos a ANNA, T.E.: *España y la independencia de América*. México, 1986; RAMOS, D.: *España en la Independencia de América*. Madrid, 1996; HARVEY, R.: *Los libertadores: la lucha por la independencia, 1810-1830*. Barcelona, 2010, y RODRÍGUEZ, O.J.E.: *La independencia de la América española*. México, 2010, e IDEM: *Revolución, independencia y las nuevas naciones americanas*. Madrid, 2005.

dominio español las islas del Caribe y del Pacífico. En estas no había influido el proceso independentista del otro lado del mar; es más, en su transcurso se registran algunas ventajas para Filipinas, como la supresión en 1815 del Galeón de Acapulco, tres años después de que corriera la misma suerte la Real Compañía de Filipinas, con lo que se abría una nueva época de mejores perspectivas económicas para el archipiélago (32). Pero la logística se había complicado extremadamente para España si quería mantener sus colonias, toda vez que defender, mantener y abastecer aquellos archipiélagos atlánticos y pacíficos, separados por un continente hostil y dos océanos, no era cuestión baladí. Para colmo, en el siglo XIX España deberá afrontar unas guerras que se desarrollan a ambos lados del mar con la Armada como principal recurso bélico.

A partir de 1834 se inició en Filipinas una etapa de esplendor, sobre todo en lo cultural y en lo económico, que se prolonga hasta 1874, esplendor que se ha atribuido a una menor intervención de las órdenes religiosas en las cuestiones del archipiélago, a una mayor madurez de la población y a la acción de algunos gobernadores generales, particularmente Oraa, Clavería, Norzagaray, De la Torre e Izquierdo. Además, el archipiélago fue la base logística para una de las empresas exteriores que, sin fijar previamente las condiciones de intervención, decidió emprender Francisco Armero, sucesor de Narváez al frente del gobierno español: la expedición a Cochinchina (33).

Un real decreto de 25 de diciembre de 1857 ordenaba al gobernador de Filipinas organizar una fuerza expedicionaria de 1.500 soldados — filipinos en su gran mayoría— y unirse a las tropas francesas en Annam, con el propósito de castigar el asesinato de unos misioneros y de garantizar el ejercicio del culto cristiano. A ellos se unieron casi un millar de filipinos reclutados por el cónsul francés en Manila. El comportamiento de este contingente, al mando del coronel Palanca, fue ejemplar y heroico. A fines de 1862 se concierta la paz, que garantizaba la protección a los misioneros y fijaba una indemnización por los gastos de guerra, quedando en poder de Francia Saigón y las tierras conquistadas. Pero, como el acuerdo no fue respetado, renacieron las hostilidades, que duraron hasta la ratificación del tratado, lo que permitió a las tropas españolas regresar a Manila, mientras parte de los filipinos que habían combatido en aquellas tierras quedaban allí al servicio de Francia.

Unos años después, el gobernador general don José de la Gándara, que había llegado a Manila el 25 de octubre de 1866, recibió orden de investigar si se habían materializado las amenazas de algunas potencias de establecerse en Mindanao y, de ser así, de neutralizar tales ocupaciones. Gándara creó una junta compuesta por las principales autoridades civiles y militares, complementada con algunos eclesiásticos y notables, para que reuniera datos y docu-

(32) DÍAZ-TRECHUELO, L.: *La Real Compañía de Filipinas*. Sevilla, 1965. Véase también DELGADO, J.M.: «Ideas y escritos sobre la formación de la Compañía privilegiada de Filipinas (1724-1753)», en ELIZALDE: *Las relaciones internacionales en el Pacífico...*, pp. 139 y ss.

(33) CABRERO: *op. cit.*, pp. 977-978.



Toma de Saigón el 18 de febrero de 1859. Antonio Morel-Fatio.

mentación tendente a acreditar la legalidad del dominio español. También envió expediciones a algunos lugares de Mindanao para ratificar las cesiones territoriales anteriores y confirmar los títulos acreditativos de dichas cesiones a favor de España; igualmente, se propuso limitar y reducir la influencia extranjera y acentuar la política de acercamiento a los musulmanes, para que permanecieran leales a España.

Después de 1868 el panorama político se acelera y en Cavite se registra el primer movimiento en demanda de una autonomía que se había solicitado insistente e infructuosamente. En enero de 1872, también en Cavite, se produce una algarada cuyo origen fue el descontento causado por la imposición de un tributo y una prestación personal a los obreros del arsenal, que disfrutaban desde mucho tiempo atrás de un privilegio de exención. El plan de protesta degeneró en un altercado reprimido con juicios sumarísimos, de los que resultaron tres condenas a garrote vil aplicadas a otros tantos presbíteros implicados en los desordenes. Otros protagonistas, que lograron escapar a las Marianas, fueron indultados en 1874, y al año siguiente, con la entronización de Alfonso XII, se concede un indulto general para todos los convictos y se confirman las exenciones en el pago de tributos y en prestaciones personales.

Mientras tanto, los acontecimientos se habían precipitado en el este del Pacífico. En efecto, la intervención española en México en 1859 y la anexión de Santo Domingo (1861) (34) inquietaron a Perú, cuya independencia Espa-

(34) Para la política exterior española de estos años, véanse, entre otros, DURÁN DE LA RÚA, N.: *La Unión Liberal y la modernización de la España isabelina: una convivencia frustrada, 1854-1868*. Madrid, 1979, e INAREJOS MUÑOZ, J.A.: *Intervenciones coloniales y nacionalismo español. La política exterior de la Unión Liberal y sus vínculos con la Francia de Napoleón III (1856-1868)*. Madrid, 2007.

ña no había reconocido expresamente. El acuerdo de 1853 negociado con esta no había sido ratificado por los peruanos, lo que no impedía el intercambio de agentes consulares. Una anómala relación que fue perturbada cuando el gobierno español decidió enviar a aquella parte del Pacífico una división naval al mando de Luis Pinzón, la cual fue bien recibida allá donde fondeó. Pero cuando estaba en El Callao, en junio de 1863, empezaron los incidentes.

Perú había iniciado unos planes de colonización bastante ambiciosos que atrajeron a muchos españoles que posteriormente denunciarían ser objeto de malos tratos. Uno de ellos fue asesinado en una granja y otros cuatro resultaron heridos. Al diferirse el castigo de los culpables, España envió a un comisario extraordinario

que los peruanos se negaron a recibir como tal —solo admitieron tratar con él como agente confidencial—, lo que provocó la ocupación de las islas Chinchas por parte de Pinzón. Una comisión compuesta por los encargados de negocios de Chile, Francia e Inglaterra medió en el conflicto, intentando que la escuadra española, reforzada con cuatro fragatas, desalojase las islas y que Perú no llegara a la ruptura con España. Como la conducta de Pinzón no fue del agrado del gobierno, se decidió su sustitución. La fragata *Numancia* se presentó en las islas Chinchas el 7 de diciembre de 1864 con el general Pareja a bordo, quien siguiendo las instrucciones del gobierno ordenó a los navíos españoles entrar en el puerto de El Callao y dirigió un ultimátum (25 de enero de 1865) al gobierno peruano. Poco antes de que concluyera el plazo de cuarenta y ocho horas que daba el jefe español para recibir respuesta, Pareja y Vivanco, plenipotenciario peruano, firmaron un tratado que resultó inútil, pues no fue bien recibido ni en España ni en Lima. Algunos marinos españoles que habían desembarcado fueron objeto de agresiones, que causaron la muerte de un cabo y motivaron las pertinentes protestas del mando español, que no fueron atendidas por el rápido deterioro de la situación interna peruana. Un movimiento revolucionario depuso al presidente Pezet, y el nuevo gobierno se negó a ratificar el acuerdo firmado por Vivanco con Pareja, selló una alianza con Chile a fines de 1865 y a principios de 1866 declaró la guerra a España.

Las naves españolas habían zarpado hacia Chile para exigir satisfacciones, y estaban en Valparaíso cuando conocieron la declaración peruana de guerra. Eso significaba que la flota quedaba sin puerto donde refugiarse en una



Acciones españolas en América siglo XIX.

costa de 4.000 millas, librada a sus propios y escasos medios. Pareja se suicidó, y su sucesor en el mando, el brigadier Casto Méndez Núñez, recibió orden de no abandonar aquellas aguas hasta conseguir la paz, empleando la fuerza si no se atendía la satisfacción solicitada.

Como no obtuvo tal satisfacción, Méndez Núñez bombardeó Valparaíso, que carecía de defensas militares, y puso rumbo a El Callao, plaza esta sí bien defendida y artillada y en cuyo puerto penetró el 2 de mayo de 1866, trabándose un combate que causó más de doscientas bajas españolas y donde el mismo Méndez Núñez resultó herido. Los barcos españoles, por último, se retiraron, y las repúblicas americanas —pues Perú tenía el apoyo de Chile, Bolivia y Ecuador— se declararon vencedoras. El gobierno peruano expulsó a todos los españoles llegados después de 1850 y nacionalizó a cuantos vivían allí antes de 1821, con lo que zanjaba el conflicto, si bien hasta 1871 no se firmó el armisticio entre España y las repúblicas americanas.

Unos años después, el oeste del Pacífico vuelve a reclamar la atención. En 1878 el sultán de Joló decide acabar con los disturbios y malentendidos y propone ratificar, ampliándolo, el tratado de amistad con España, cosa que en definitiva se hizo, aunque no sin pasar por un momento crítico cuando tropas españolas y filipinas ocuparon la isla de Tawi-Tawi. El 7 de marzo de 1885, Alemania, Inglaterra y España firman un tratado por el que se reconocía a España la posesión del archipiélago de Sulú a cambio de su renuncia a los territorios de Borneo que habían pertenecido con anterioridad al sultán de Joló (35).

También pudo obviarse con una negociación favorable la cuestión de las Carolinas, que vino a enturbiar las buenas relaciones de España con Alemania, puestas de relieve en el viaje que Alfonso XII hizo a varios países europeos en el otoño de 1883. Lo cierto es que, el 13 de agosto de 1885, Alemania proclamó su protectorado sobre las Carolinas, lo que suponía replantear un viejo litigio, pues hacía más de diez años que tanto Inglaterra como Alemania se negaban a reconocer los derechos españoles sobre esas islas y sobre las Palaos, al no estar tales derechos avalados por ningún tratado y, además, no ejercerse de hecho. La decisión germana inquietó, lógicamente, a España, que ordenó la salida de Manila de algunos buques para que se posesionaran de la isla antes de que llegaran los alemanes. El conflicto fue sometido al arbitraje del papa, que falló a favor de España. Aceptado su dictamen por ambas partes, este se recogió en el acuerdo firmado el 17 de diciembre de 1885 (36). Es a partir de entonces cuando España se plantea la ocupación efectiva de estas islas, que ya no desocuparía hasta el Desastre (37).

(35) ÁLVAREZ, L.: «Divergencias y acuerdos entre España, Gran Bretaña y Alemania sobre las islas Joló, 1834-1898», en ELIZALDE: *Las relaciones internacionales en el Pacífico...*, pp. 269.

(36) TRINCHESE, S.: «León XIII y las Carolinas y Palaos entre España y Alemania: mediación pontificia y situación internacional en los archivos vaticanos y alemanes», en ELIZALDE, FRADERA Y ALONSO: *Imperios y naciones...*, vol. II, pp. 367 y ss.

(37) ELIZALDE PÉREZ-GRUESO, M.^a: *España en el Pacífico. La colonia de las islas Carolinas, 1885-1899*. Madrid, 1992.



El final del imperio español en el Pacífico (1899-1900).

Mientras, la situación interior en las Filipinas y Cuba había empeorado progresivamente en contra de España: un deseo creciente de autonomía fue el preludio de un progresivo deslizamiento hacia el anhelo de independencia y la insurrección (38), agravada por la intervención norteamericana a raíz de la

(38) No vamos a demorarnos en el relato de los hechos que desembocaron para España en el Desastre, que son sobradamente conocidos; solo haremos una somera exposición encaminada a mostrar el fin de la presencia española en el Pacífico, que coincide con el final del Imperio. Pueden verse, entre otros, MOLINA, A.M.: *Historia de Filipinas*, t. II. Madrid, 1984, volumen dedicado por entero a los años finales de la dominación española en Filipinas; la obra colectiva en 5 vols. *Los 98 ibéricos y el mar*. Lisboa, 1998; BALFOUR, S.: *El fin del imperio español, 1898-1923*. Barcelona, 1997; ELORZA, A., y HERNÁNDEZ SANDOICA, E.: *La Guerra de Cuba, 1895-1898: historia política de una derrota colonial*, Madrid, 1998; FUSAI, J.P., y NIÑO, A. (eds.): *Antes del «Desastre». Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*. Madrid, 1996; naranjo, C., PUIG-SAMPER, M.A., y GARCÍA, L. (eds.): *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*. Madrid, 1996.

voladura del *Maine*, lo que sentenció la guerra en contra de España. La sublevación de Cuba vino a complicar la de mestizos y tagalos en la isla de Luzón, cuyo control había iniciado el general Polavieja y concluido Fernando Primo de Rivera, que firmó con el cabecilla Aguinaldo el pacto de Biacnabató el 23 de diciembre de 1897. Pero la sublevación rebrotó tras la derrota de los barcos españoles por los norteamericanos, de manera que el 25 de mayo de 1898 Aguinaldo y otros cabecillas se presentaron en Cavite y todos los indígenas de Luzón volvieron sublevarse. Los refuerzos que se enviaron no pudieron llegar porque el jedive de Egipto, invocando la neutralidad del canal de Suez, no dejó atravesar este paso a los barcos españoles, de modo que, cuando se firmó el armisticio, Manila estaba sitiada (39).

La paz de París, firmada el 10 de diciembre de 1898, ratificaba el «desastre» español y sentenciaba al Imperio: España perdía Cuba, Puerto Rico y las demás islas que aún conservaba en América, incluidas las Filipinas y la isla de Guam, la más importante de las Marianas, a cambio de 20 millones de dólares de indemnización y de la renuncia a discutir los límites que fijaron los comisionados norteamericanos.

Ajustados todos los extremos, España mantenía su soberanía sobre las Marianas, las Palaos, las Carolinas, Sibutú y Cagayán de Joló. Pero el gobierno no quiso poner en estado de defensa territorios tan alejados y renunció a su posesión. Por 25 millones de marcos se cedieron a Alemania, el 30 de junio de 1899, las Marianas, las Carolinas y Palaos, y a Estados Unidos, el 7 de noviembre de 1899, las islas de Sibutú y Cagayán por 100.000 dólares.

De esta forma se cerraban cuatro siglos de historia y se ponía fin a la presencia española en el Pacífico.

(39) ELIZALDE, M.^a C.: «Las lucha por el Pacífico en 1898. Interpretaciones en torno a la dimensión oriental de la guerra hispano-americano», en ELIZALDE: *Las relaciones internacionales en el Pacífico...*, pp. 291 y ss.